

me he referido a Chile, no porque quiera hacerlo destacarse como una excepción, sino porque lo conozco más íntimamente. Yo creo que lo mismo—en mayor o menor grado—podrá aplicarse a los demás países de la América Española. He dicho lo anterior para mostrar mi fe en lo que puede hacer la educación popular en nuestros países.

Y la América Latina ha despertado ya a la necesidad de la educación nacional, extendida a toda la población. Vuestra influencia a este respecto ha sido poderosa. En mi país se acaba de dictar la ley de educación primaria obligatoria y se están construyendo

grandes palacios para sus escuelas. Nuestro director general de instrucción primaria, Darío Salas, es un diplomado de vuestras Universidades. Hoy día principia a hablarse ya de la educación obligatoria post-escolar. Hemos modernizado nuestras bibliotecas al soplo de vuestra inspiración. El actual director de la Biblioteca Nacional, espíritu progresista, vidente de nuestra gran futura democracia, Carlos Silva Cruz, estudió en vuestro país.

TANCREDO PINOCHET.

(Concluirá en el próximo número).

Nuestra habla

DOÑA Emilia Bernal, una sugestiva dama según los que la conocen, una inspirada poetisa según todos los que hemos leído sus versos, ha hecho a un periódico de París unas interesantes declaraciones sobre la literatura del Nuevo Mundo, la cual, en su opinión, carece de unidad. «Opino—dice—que está muy lejos de ser una literatura hispanoamericana, porque siendo tantos los países de esta región, cada cual con su clima, su influencia territorial, sus rivalidades, sus intereses, sus tendencias, revela en su producción artística estas diferencias que hacen imposible la síntesis suprema a que se pretende llegar en la fórmula de esta pregunta». («¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y en verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original?») «Creo que hay varias literaturas americanas». Y todo el mundo creará como la señora Bernal. La literatura que se fabrica en Colombia, por ejemplo, país de líricos y de gramáticos y en el que, como oí decir en cierta ocasión al ilustre orador Restrepo, se hace una revolución por un gerundio, no puede ser igual a la que se confecciona en la Argentina, donde las minucias gramaticales, por una razón de cosmopolitismo, importan menos.

Las otras opiniones de la señora Bernal no tendrán tantos partidarios. Especialmente la que se refiere a la novela. Según la poetisa, la novela dará la sensación de nuestras psicologías; «pero a pesar de su florecimiento rápido, ella cuenta con un obstáculo muy grande que vencer para llegar a su perfección y es que la novela, no sólo por el asunto y la forma, ha de dar la sensación de la vida nacional, sino también, y muy principalmente,

por el lenguaje, y nosotros desterramos de nuestras novelas nuestro léxico típico, autóctono, so pretexto de vocabulario espurio y desproveemos la novela de su más pintoresca expresión. Si seguimos así, nuestra novela será solamente novela española de asunto americano».

¿Y cree sinceramente la señora Bernal que eso representaría una irreparable desgracia? La unidad de ideales americanos por la que ella suspira líneas más abajo, ¿podría realizarse si cada pueblo de América se lanzase a escribir y a hablar un lenguaje local, incomprensible más allá de sus limitadas fronteras geográficas?

Yo no veo ningún mal en que, literariamente, sigamos siendo colonias españolas. Hace falta destruir definitivamente cuanto, en el orden de los prejuicios humanos, de la concepción de la vida y hasta de la concepción política, nos liga todavía a España, colocándonos en una inferioridad lamentable, e injustificable por todos conceptos. Mas, literariamente, o si se prefiere gramaticalmente, lexicográficamente, ¿por qué hemos de renegar de nuestro pasado? Cuando nos liberamos de España, los países de América tuvimos buen cuidado de escoger de seguida nuestros gobernantes; nos dimos un régimen político que se nos antojaba más en armonía con nuestra idiosincrasia continental. Pero no creamos academias de la lengua, no pensamos en anular el código de lenguaje que nos habían impuesto los conquistadores. ¿Se ha hecho más tarde seriamente esa reforma? ¿Con qué habíamos de sustituir el de ese fatigante y pesado Quijote, a pesar de todo el más bello modelo de buen decir?

No seamos ingratos, ni exageremos así un prurito de soberanía que pudie-

ra llevarnos a un peligroso *babelismo*. La personalidad de América, en el dominio de lo espiritual, no podrá consolidarse sino cuando el castellano, el castellano en su pureza originaria, (o al menos como se habla hoy en España), sea nuestro medio común de expresión. Aceptemos, puesto que es una realidad que no podría negarse y menos destruirse, que entre nosotros el pueblo emplee locuciones o giros extraños al idioma, convengamos, puesto que es una ley privativa de todas las lenguas, que como consecuencia del clima, de la lucha por la existencia, del contacto con una naturaleza diversa, de la mescolanza o hibridismo de la raza, sobre el suelo americano haya surgido una flora verbal sin parentesco con la de Castilla; pero todo eso no justifica que en las novelas, en la prensa, en la poesía, deben recogerse y fijarse tales expresiones. En todas partes hay un caló, en todas partes el pueblo inventa, crea vocablos pintorescos que la literatura debe ignorar y a los cuales los escritores, los buenos escritores, no dan carta de naturaleza hasta tanto esos vocablos no han sufrido la prueba del tiempo. Para nosotros, en ese orden de cosas, la mayoría de edad no ha llegado todavía. Es ilusorio aspirar tan pronto a una total autonomía en cuestiones de lenguaje.

Nuestro orgullo continental no puede sufrir porque reconozcamos a España el derecho de legislar, de imponer su experiencia y su saber en todo lo que se relaciona con el habla. Bélgica ama ardentemente su independencia, tiene una literatura y un arte propios, y sin embargo, en puro francés escribieron Georges de Rodenbach, Huysmans, Maeterlink y Verharen, y en la región *welche* de esta simpática nación, nadie sueña con liberarse del yugo de Francia, esto es, de Racine, de Corneille, de la Academia y de Littré. Igual ocurre en la Confederación helvética, tierra trilingüe, sin contar una variedad interminable de dialectos. Suiza, que ama la paz igual que su propia existencia, vive en un estado perpetuo de revolución... en el hablar, pero al escribir, todo escritor que se respeta respeta las reglas, las formas tradicionales del lenguaje, y en esa materia no legisla la autoridad puntillosa del cantón. El alemán de Spitteler, sostiene sus admiradores, es digno de Goethe; cuando la Academia de Estocolmo acordó al viejo poeta el premio Nobel, no coronó la obra de un folclorista de expresiones locales, sino de un suizo escritor en lengua germana. ¿Le habrían hecho esta distinción si sólo hubiera compuesto versos destinados a los miembros de una *Landaman* de aldea? Ginebra posee una inmensa riqueza en modismos, lo que no impidió que